

"Beneficiadme con vuestras convicciones, si es que las tenéis; pero guardaos vuestras dudas, pues me bastan las mías". Johann W. Goethe

Roma. Una sutil diferencia entre las dudas

Dos hermanos crecidos en soledad llegan a la edad adulta y uno mata al otro por una nimiedad, quizás solo sea coincidencia, pero el argumento debe ser consistente puesto que se repite tanto en los orígenes del Mundo como en los de una ciudad que dueña de todo en un tiempo pasado. Caín y Abel, Rómulo y Remo, leyendas semejantes pero con diferencias. Dispar fue el destino de los fratricidas, uno condenado a vagar y otro coronado rey. Ambos fundaron ciudades, Enoc y Roma, pero en el haber del último hay que hacer constar que al menos tuvo el detalle de dar trazas del nombre de su hermano -y del suyo, eso tampoco lo podemos obviar- a su creación. Existió también una sutil diferencia semántica, y sin embargo bastante trascendente desde el punto de vista de sus consecuencias y de las implicaciones morales del acto, en las respectivas preguntas que siguieron a cada infamia cometida, el "¿qué he hecho?" reflexivo de Rómulo y el "¿qué has hecho?" que persiguió a Caín en su vagar eterno señalándolo como prototipo del villano despreciable, y nótese en este último caso la inestimable participación de un tercero, como sujeto, o más bien ente, enunciador de la pregunta y proclamador de la condena y, por ende,

de la fama que arrastrará Caín para siempre, no en vano rara es la señora que apuesta por tal nombre para su descendencia. Pero centrémonos en Rómulo y en la respuesta menos mezquina a la pregunta de qué hizo. El día que en el monte Palatino, antes de matar a su hermano, delimitó con su arado el recuadro de lo que sería Roma sembró la simiente de la civilización más influyente que haya dado la Historia: una ciudad que terminaría siendo un Imperio, que acumuló en su cultura la de otros pueblos mediterráneos, creó nuevos adelantos en todos los campos y una organización con la que pudo someter casi todo pueblo conocido, a veces con su anuencia, pero la mayoría con la punta de su espada, que no por ser de Roma dejó nunca de estar afilada.

Es Roma ciudad vieja que ha ido modificando sus costumbres conforme iba haciéndose grande y poderosa. Fabricadora de pastores y agricultores en sus inicios de aldea, a medida que le sobrevenía poder empezó a experimentar en la creación de variedades humanas. Al principio fueron patricios y plebeyos, luego ciudadanos y extranjeros, y siempre hombres libres y esclavos. Tuvo que inventar infinidad de nombres cuando decidió atomizar su sociedad, y así se crearon denominaciones tan romanas como prefecto, legionario, tribuno, senador, centurión, general, patrón, cónsul, cliente, pretor, liberto, edil, gentil, bárbaro, artesano, emperador..., algunas ya solo pueden encontrar sentido en los libros de Historia, pero otras siguen en uso, conservando su significado o cambiándolo, de forma que podemos sentarnos en una tribuna sin temor a la guardia, sentirnos clientes con más derechos que nunca y tildar de bárbaros a rufianes del propio país.

Más tarde ocurriría algo que la marcaría para siempre. ¿Fue designio del Hombre o de Dios? ¿Quién sabe? Más bien fue la interpretación del hombre de la intención divina lo que transfiguró el centro momentáneo del mundo convirtiéndolo también en enclave espiritual. La ciudad fue adquiriendo una pátina divina que llevó a la creación del Vaticano, que tras expansiones y contracciones ha llegado a la forma que tiene en estos días, cargando a Roma con una singularidad única: es una ciudad preñada con un país, una semilla que encierra un árbol, árbol que da de comer alimentos intangibles a medio mundo hambriento de necesidad y de futuro, un futuro que no pertenece a esta vida y se promete a otra desconocida.

Por esto de ser centro de la atención divina y casa del testafierro del Supremo, no es de extrañar que en Roma proliferen las casas a Su culto. Existen más de cuatrocientas iglesias, cada una con un nombre de santo. Tantas hay que a veces se pregunta uno si los periodos intensos en beatificaciones no atenderán solo a agrandar el muestrario para nombrarlas. Entre ellas se disputan la visita del devoto y del turista, estableciendo una liga particular que algunas llevan años comandando, intentando alimentar su liderato con los tesoros que regalan a la vista, generando futuros boca a boca que atraigan a gentes advertidas de sus maravillas. A veces lo logran, sobre todo en lo referido a los devotos, porque los turistas, entre tanto palanquín, tanto retablo y tanto techo adornado, las confunden, y sus informes solo apuntarán indicaciones vagas -la del techo azul estrellado, la del palio con columnas de mármol, la de la bóveda en tres

dimensiones, donde está la cara donde metes la mano-, olvidando inevitablemente el nombre, un nombre en todo caso de santo, obviamente.

En una de estas iglesias vamos a encontrar al protagonista de esta historia. Como no sabemos a ciencia cierta el dónde, nos inventaremos el nombre del lugar, diremos que es Santa Eufrasia, por poner un nombre que pensamos no se encuentra representado en el amplio catálogo romano de lugares santos, aunque, como se dijo, tan amplio es que no podemos asegurar que no exista alguno con esta denominación. Por esto, el que cuenta proclama su sana su intención de inventar el nombre, quedando claro que de existir le es desconocido y no tiene la menor pretensión de adjudicarle lo que sigue.

El templo no es de los más visitados, no está señalado en los mapas de las agencias turísticas y no persigue afán alguno en destacarse artística ni históricamente; es solo lugar de oración. Tampoco es demasiado céntrico, más bien es una pequeña parroquia de barrio en la que el sacerdote llega a conocer a los que acuden domingo a domingo a escuchar su sermón.

Ahí está ahora mismo, insertando ramos en los jarrones que jalonan la imagen de la Inmaculada, coloreada y espléndida, sonriente al arrodillado, potenciada su cabeza: divina. La mira y se enorgullece. Quizás no venga suficiente gente a admirarla, puede que no sea una Piedad, un Moisés, una Beata Albertoni, una Santa Cecilia, pero para él no existe mejor imagen que esta. Lleva quince años venerándola, limpiándola, agasajándola, queriéndola, tanto amándola que la considera parte de su familia, aunque, como el tiempo no perdona, hace mucho ya que dejó parecer una hermana, ahora pudiera ser una

hija, y es que los años que le hacen viejo a ella la eternizan. Termina su labor floral y se adentra en la sacristía para preparar el ropaje para el día siguiente, misa de difuntos por el alma de Don Giuseppe Tortelli, al que tuvo el honor de conocer durante sus primeros años en la parroquia. Lo recuerda buen hombre y buen cristiano, ocupado de transmitir su fe a unas hijas que, cada diecinueve de marzo, no dudan en encargarse de la misa por su alma. Él recibe siempre muy gustoso la solicitud ya que suele ir acompañada de un regalo de las hijas del difunto, habida cuenta de que también él celebra su onomástica ese día, no en vano es conocido entre su rebaño como padre Peppone, cosa que no le desagrada por las agradables evocaciones que le produce tal nombre, cuando en el pasado con su primo Luca se colaba en los cines para ver películas en blanco y negro, y en negro y rojo. Recuerda con cariño aquellos largometrajes protagonizados por un cura y un alcalde comunista. A menudo, cuando se sorprende hablando con su Inmaculada, le vienen a la cabeza las conversaciones que aquel don Camilo sostenía con el Cristo del altar en la gran pantalla y sonríe inconscientemente. Y es que, aunque compartiera nombre con el alcalde, siempre estuvo de parte del cura.

Ya lo ha dispuesto todo para mañana y se dirige al confesonario donde pasará la siguiente hora limpiando almas. Normalmente, en estos tiempos es trabajo liviano: los que tienen mucho que limpiar no aparecen y los que llegan tienen su espíritu como una patena. Pero hoy será una tarde distinta, tanto que sacudirá sus convicciones más hondas.

No es que el padre Peppone albergue dudas sobre su vocación, al contrario, desde muy joven se decidió por servir a Dios y a las personas, si bien es cierto que pudo haber influido en su decisión el hecho de su marcada introversión, reacio siempre a incluirse en la muchachada en busca de juerga y tímido con el sexo contrario a más no poder. A veces, en el pasado, en los momentos en que pensó si su vida hubiera podido ser diferente, reflexionó sobre si no había sido su temor a una relación carnal con una mujer la causa de su decisión. Ciertamente que en el pasado le atemorizaba hablar con las muchachas, verdad que con solo pensar en tocarlas sentía pánico y realidad es que con cincuenta años sigue inmerso en una virginal fimosis que por falta de necesidad, y acaso vergüenza, ha optado por perpetuar. Sin embargo, su trato ahora con las mujeres es cordial y saludable. Ahora, que se sabe a salvo del trance corporal que supone el maridaje, el amancebamiento o la sola intimidad, eso no le representa problema. Además Ella es su mejor amiga, y Ella una vez fue mujer: eso acrecienta la certeza de haber superado aquellos miedos y de que lo suyo fue honesta vocación. En este momento de su vida el padre Peppone está afianzado en sus creencias. Sentado en el banco espera rezando a que venga la primera de las dudas que va a enviarle Luzbel desde su oscura morada.

Se viste de hombre maduro, calvo y regordete, pantalón vaquero y chaleco oscuro. Anda mirando al suelo y murmura palabras de resentimiento. Evita arrodillarse frente al cura y prefiere hacerlo a su derecha donde puede esconder su cara tras la celosía.

“Ave María Purísima”, empiece obligado.

“Sin pecado concebida”, respuesta de rigor a la que sigue la pregunta habitual: “¿De qué te acusas?”

La respuesta no es la acostumbrada porque según dice el tipo aún no tiene nada de que arrepentirse. ¿Entonces por qué viene a verlo? Porque necesita un aval, una señal divina necesaria para decidirse a hacer algo. La confesión torna a un estado no natural en el cual es el confesante quien pregunta y el confesor quien contesta.

“¿Qué es el matrimonio?”, difícil primera pregunta si quiere contestarse brevemente, más si el que debe responder ha renunciado a convivir en pareja. Pero el padre Peppone está aleccionado, acumula años de instrucción y repetir de cantinelas y le suelta la que procede. Pregunta después el hombre por el adulterio y los celos, ¿son pecado? El primero evidentemente, el segundo con matices. El adulterio conlleva una voluntariedad mientras que los celos pueden sobrevenir de súbito según la naturaleza de cada cual y generar actitudes que hay que reprimir para no caer en el pecado.

“¿Pero es pecado?”, insiste la voz tras la celosía.

“¿Es pecado desear un Ferrari? No, pero es pecado robarlo”, intenta ponerle un ejemplo.

“Entonces, ¿no es pecado desear una mujer?”, aplica la lógica el arrodillado.

“Eso es distinto, Dios lo prohíbe explícitamente en su noveno mandamiento. En este caso no debes desear.”

“¿Y eso cómo se hace, cómo se puede no desear?”, pregunta el hombre, a lo que el cura contesta con un enunciado eterno que no admite réplica:

“Con mucha fe.”

El hombre calla un rato, probablemente porque no comprende esto último ya que se considera un hombre con fe y siempre ha tenido innumerables deseos: mujeres, coches y todo tipo de cosas. Pero como no quiere pedir inventario de los deseos que son motivo de pecado y los que no, y conoce ya que al menos desear mujeres sí lo es, pasa a otra pregunta:

“¿Hay algún pecado que Dios no pueda perdonar?”

“Si hay arrepentimiento Dios puede perdonar cualquier pecado”, contesta el padre Peppone.

“¿Y si no lo hay?”, sigue el confesante.

“No puedes pedir el perdón de una acción de la que no te arrepientes”, sentencia.

“Pero, ¿y si pienso hacer algo ahora mismo, tomo la determinación de hacerlo y cuando esté hecho me arrepiento?, ¿me perdonará Dios?”

El cura ante tal rara pregunta opta por ir al grano:

“Escucha hijo, ¿por qué no me dices en qué estás pensando?”

El hombre tarda unos segundos en contestar:

“Creo que voy a matar a mi mujer. Voy ahora para mi casa, y si, como creo, la encuentro con otro, los mato a los dos”

“¡Pero qué dices!”, alza la voz el cura al punto de que una señora mayor que reza en las primeras bancas gira su cabeza hacia el confesionario. “Matar es pecado, pecado mortal, y una infamia, no puedes hacer eso. Dios no quiere que lo hagas. El adulterio es pecado, pero matar es un pecado aún mayor. Dios no te

perdonará, tienes que entrar en razón”, temple un poco su voz temiendo que su alteración haga huir al hombre: “Hijo mío, por mucho que sufras debes desechar la venganza. Jesús decía que había que poner la otra mejilla, yo no te pido tanto: abandónala, sepárate, échala de tu casa si puedes, pero no llegues al asesinato. Porque Él lo ve todo y no te perdonará sin arrepentimiento. Recuerda que aquí estamos por un tiempo breve. ¡Que te queda la eternidad en el Cielo!, algo más que la vida que estás a punto de desperdiciar.”

Espera a que el hombre, cuya cabeza se ha mantenido gacha, hable. Después de unos instantes de callada reflexión lo hace:

“Padre, usted me ha dicho que el adulterio es pecado, y matar también. Los dos son pecados graves, mortales, pero ¿hay una clasificación?, es decir, Dios los puntúa, a este mayor nota, al otro menor. Creo que no es así, que yo sepa la Iglesia nunca ha sacado una clasificación en este sentido. Y me dice usted que Dios no me va a perdonar sin arrepentimiento... pero es que yo estoy seguro de que cuando lo haga, si lo hago, no voy a tardar ni un minuto en arrepentirme. Cuando la vea a ella sin vida me arrepiento, eso seguro, con eso cuento... ¡Pero es que me ha puesto los cuernos, hágase cargo!, y esa me las paga.”

No pide absolución ni nada parecido, porque aquello no ha sido en sentido estricto una confesión: se levanta y se va. El padre Peppone, al advertir que va decidido a cometer un horrible crimen, intenta levantarse y salir del confesionario. No le da tiempo a echarle mano porque el hombre marchaba a bastante velocidad, pero aun de espaldas cree reconocerlo. Piensa que puede ser alguien sentado siempre en las primeras filas en la misa de domingo, no

recuerda su nombre, pero sí el de su mujer, Antonella Fucci, una mujer, bastante guapa por cierto, que suele ayudar en las tareas de la parroquia. No obstante, no está seguro, pues las vidrieras son pocas y pequeñas y en días nublados como hoy dejan pasar poca luz.

Muy impresionado, al borde del mareo, decide sentarse de nuevo en el confesionario a pensar qué debe hacer. Debería buscar a Antonella y contarle lo sucedido. Pero ¿y si no se tratara de su marido?, ¿y si lo ha confundido con otro hombre y Antonella empieza a divulgar por ahí que el padre Peppone va relevando secretos de confesión? No, no puede ir a avisarla. No, no estando seguro. Si hubiera visto su cara... entonces quizás, pero de ese modo no. Podría intentar encontrar al marido, oírle hablar e intentar reconocer su voz como la del confesante. En caso negativo estaría en las mismas, pero en caso afirmativo... entonces podría convencerlo, aunque parecía decidido, empujado por un razonamiento erróneo que él mismo ha ayudado a consolidar. Pero ¿y si no consiguiera hacerle entrar en razón?, si siguiera empeñado en hacerlo, ¿iría a la policía violando el secreto de confesión? Se le presenta un debate que lo trasciende: solo Dios sabe qué puede suceder y qué finalmente sucederá, y ante esto únicamente -como cosa tantos años aprendida y repetida ante tantas almas- le cabe tener fe.

Aún se debate entre violar o no el secreto de confesión cuando ve cómo un hombre se arrodilla ante él, dejándose mostrar la cara. Le sorprende ver allí a Francesco Corredori, el director de la sucursal bancaria emplazada en la misma calle que su parroquia. Lo conoce exclusivamente de sus visitas al banco porque

jamás lo ha visto pisar la iglesia. Escucha su “Ave María Purísima” y se aviene a seguir el sacramento, intentando olvidar sus elucubraciones sobre el anterior confesante. Este nuevo episodio resulta más trivial: se suceden los pecados, veniales y mortales, que acumula el confesante en los siete años que lleva sin ponerse ante un cura. El desfile de culpas está terminando cuando la última atrae de manera particular su atención. El señor Corredori pide perdón a Dios por haber contribuido de alguna manera, con su silencio, al desastre que los impositores de su banco van a padecer en los próximos días. Se culpa de no haber podido advertir a gente con la que hace tratos a diario y que perderán sus ahorros. Sus jefes le avisaron en este sentido: si hubiera dado alguna alarma le habrían despedido, pero callado le buscarán acomodo en otras empresas del grupo. Siente el hombre remordimientos además por haber retirado él sus dineros para trasladarlos a otro banco donde, allí sí, dormirán seguros. Peppone no lo puede creer: ¡Un banco tan prestigioso en quiebra! Será una bomba en el barrio... Tanta gente privada del fruto de años de sufrimiento. Ahora tiene dos dilemas en lugar de uno. Dos secretos de confesión cuyas violaciones serían más valiosas que sus silencios.

¿Qué debe hacer?, en este caso es solo dinero, pero en el otro está en juego una vida. Aunque en este conoce los detalles, el banco en cuestión, y del otro le falta concretar las identidades. ¿Será una prueba divina?, ¿es posible tanta coincidencia? En todos los años que lleva en la parroquia jamás se le había presentado dilema parecido... ¡Y ahora dos a la vez!

Deja el confesionario y va a verla. Se arrodilla ante Ella suplicándole que alumbre su decisión. Reza y reza, y como no recibe señal, continúa sus ruegos hasta que la noche cae y queda dormido delante de Ella.

Dos días más tarde el padre Peppone encabeza comitiva funeraria. Madre, hermanas y familiares de la fallecida lo siguen. Toda la familia Fucci llora tras el ataúd donde Antonella descansa. Al final sus sospechas resultaron ciertas y ahora conoce hasta el nombre del homicida, Raffaele. Se entregó solo horas más tarde de acabar con su mujer y su amante. Le dijo a la policía que se entregaba porque estaba muy arrepentido de lo que había hecho. Nada más entrar al calabozo pidió un cura para que lo confesara.

Peppone no está seguro de haber obrado bien. Mantendrá esa duda durante toda su vida. Intenta apagar sus remordimientos con fe: "Si ha pasado es porque Él así lo ha querido y no soy nadie para juzgarlo". "Por su Santa Sabiduría todos hemos caído en sus designios". "Yo, igual que los demás, hemos sido actores de su drama que no es drama porque Antonella ahora está con Él". "¿Lo estaré yo más adelante?, ¿lo estará Raffaele?". "Los caminos del Señor son inescrutables y su sabiduría eterna".

Acaba el entierro y se despide de los familiares que le dan las gracias. Ninguno de ellos sabe que estuvo en su mano salvarla, pero prefirió encogerla por miedo a recibir un reglazo divino, como aquellos que propinaba Don Sebastiano, el maestro de su infancia toscana. Él calla. Lo hace ahora y lo hará para siempre. Alguna noche Antonella se le aparecerá entre sueños, pero no serán pesadillas, serán presagios de vida eterna: la forma que va a tener su

Señor de decirle que no hizo nada malo y que por encima de todo ha hecho honor a su Iglesia.

Peppone sale del cementerio y entra en su coche. El lugar está muy alejado del barrio donde oficia y vive, y ha preferido acercarse hasta aquí en su viejo y destartado auto. Se consuela pensando que dentro de una semana tendrá uno nuevo, resultado de quince años de esmerado ahorro. Da las gracias a Dios por haber podido enterarse aquel día de la situación del banco y sacar así ese caudalillo a la mañana siguiente, solo él, ninguno de los otros clientes, ciegos a lo que habría de pasar. Se permitió retirar su dinero porque, al fin y al cabo, en este caso existía una sutil diferencia, pues no estaba cometiendo delito humano ni yendo contra disposiciones divinas, ya que de ninguna manera podía considerarse su acto una vulneración del secreto de confesión... ¿o sí? Peppone ni siquiera llegará a plantearse esta última cuestión.